

CUADRANTE



ROBERTO CASTROVIDO Y EL JOVEN VALLE-INCLÁN

OS ESPELLOS CONTRAPOSTOS

UNA CARTA ESCLARECEDORA: BAROJA Y VALLE-INCLÁN

*A OBRA DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN FONTE DE INSPIRACIÓN
MUSICAL. PAPELETAS PARA UN CATÁLOGO DE COMPOSITORES-I*

FARSA, BOBO Y MORTAJA

TEXTOS RECUPERADOS

POSIBLES MOTIVOS SOBRE VALLE-INCLÁN

EL VIAJE A OURENSE DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Nº 12

*Amigos
Valle-Inclán*

Vilanova de Arousa



CUADRANTE



Revista cultural da
«Asociación Amigos de Valle-Inclán»

ROBERTO CASTROVIDO Y EL JOVEN VALLE-INCLÁN

OS ESPELLOS CONTRAPOSTOS

UNA CARTA ESCLARECEDORA: BAROJA Y VALLE-INCLÁN

*A OBRA DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN FONTE DE INSPIRACIÓN
MUSICAL. PAPELETAS PARA UN CATÁLOGO DE COMPOSITORES-I*

FARSA, BOBO Y MORTAJA

TEXTOS RECUPERADOS

POSIBLES MOTIVOS SOBRE VALLE-INCLÁN

EL VIAJE A OURENSE DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Amigos
Valle-Inclán.

Vilanova de Arousa

CUADRANTE

PRAZA VELLA, 9
VILANOVA DE AROUSA.
APARTADO DE CORREOS Nº 66
www.amigosdevalle.com
Xaneiro 2006

Director:
Gonzalo Allegue

Subdirector:
Francisco X. Charlín Pérez

Secretario de redacción:
Víctor Viana

Consello de Redacción:
Xosé Luis Axeitos
Ramón Martínez Paz
Xaquín Núñez Sabarís
Xosé Lois Vila Fariña
Ramón Torrado

Xestión e administración:
Pablo Ventoso Padín
Ángel Varela Señoráns

Ilustracións:
Eugenio de la Iglesia (*Encabezamento de capítulos*)

Deseño e maquetación:
Nieves Loperena

Imprime:
Gráficas Salnés, S.L.

Dep. Legal: PO-4/2000

I.S.S.N.: 1698-3971

SUMARIO:

Juan Antonio Hormigón
*Roberto Castrovido y el joven
Valle-Inclán*..... páx. 5

Carlos Arias
Os espellos contrapostos páx. 18

Victor Viana
*Una carta esclarecedora:
Baroja y Valle-Inclán*..... páx. 34

Fernando López-Acuña López
*A obra de don Ramón del Valle-Inclán fonte
de inspiración musical. Papeletas para un
catálogo de compositores I*..... páx. 45

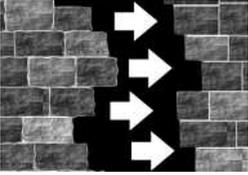
Gonzalo Allegue
Farsa, bobo y mortaja páx. 50

TEXTOS RECUPERADOS

Ramón Otero Pedrayo
Posibles motivos sobre Valle-Inclán. páx. 65

Ramón Otero Pedrayo
*El viaje a Orense de don Ramón
del Valle-Inclán*..... páx. 80

*Cuadrante non manterá correspondencia sobre ori-
xinais recibidos e non solicitados.
A responsabilidade das opinións verquidas pertence
exclusivamente ós autores o mesmo que o respecto á
propiedade intelectual, recaíndo sobre eles calquera
acción xudicial no caso de producirse plaxio.*



FARSA, BOBO Y MORTAJA

Gonzalo Allegue

Lo que sigue es parte de la historia de la construcción de una iglesia. Desde el punto de vista arquitectónico la iglesia no es gran cosa pero sus paredes guardan historias que deberían ser recordadas. En una de ellas, Francisco Peña, abuelo de Valle-Inclán, reconcilia su alma; en otra, un cura se juega la suya.

SOBRE ESTAS PIEDRAS (CON ESTAS LLAVES)

La iglesia se hizo ampliando una capilla del s. XVIII y aprovechando, además, la piedra de un monasterio venido a menos, San Cipriano de Cálago, centro benedictino del VII situado «a un cuarto de legua» de la actual Vilanova de Arousa.

El monasterio se vino abajo y su iglesia, que había aguantado en pie hasta el XIX, se fue debilitando: se agrietaron los muros, cedió el tejado y finalmente le sobrevino la ruina. Se impuso entonces la idea de construir una nueva, a poder ser más cercana al pueblo y se pensó en aprovechar una capilla, levantada en medio del pueblo en el primer tercio del XVIII, dedicada a uno de los santos emblemáticos de la época, San Roque. En este caso, el santo francés compartía culto con una Virgen que acabaría desplazándole: la Pastoriza.

Un documento del siglo XVIII informa de sus primeros pasos:

«Constitución del glorioso San Roque incluso en esta villa de Villanueva de Arosa (1734)

“[...] por cuanto es tradición tenida en estos pueblos en tiempos antiguos y en que se infestó en el siglo pasado de 1500 el contagio de la peste y enfermedades sanguíneas hicieron sus moradores, ascendientes de los otorgantes y otros, voto de servir al glorioso San Roque [...] y entonces [...] se le heriguió una pequeña capilla junto al Crucero de las Laxes desta villa la que a impulsos de los temporales y a poco celo de los nuestros se arruyno [...] y floreciendo la devoción de algunos se discurrió de poco acá, trasmudarla dentro de la villa donde se alla un poco mas dezente a costa de las cofradías desta villa y de diferentes vien echores y mas magnífica con la imagen de la madre de Dios advocación de Pastoriza que allí se colo-

có y está adornada con gran dezan-
cia de las limosnas de los devotos de
los pueblos...»

La devoción por la Pastoriza era
también antigua:

«En el nombre de Dios, amen. A
todos sea notorio como en el año
del nacimiento de ell Señor Jesu-
cristo 1738 a 16 de Henero y del
pontificado de Clemente XII año no-
no [...] se halla canónicamente erigi-
da en la Parroquial de la Iglesia de
Villanueva de Arosa [...] una piado-
sa cofradía de ambos sexos [...] con
la invocación de la Bienaventurada
Virgen de la Pastoriza [...] no para
hombres de especial arte sino para
alabanza de Dios omnipotente...».

Entre los hombres y mujeres de «no
especial arte» que sostuvieron la doble
devoción de la Cofradía reconocemos
algunos apellidos: Ingrán, Saco, Bola-
ño... En una relación temprana de
cofrades aparecen: D. Joseph Saco
Bolaño, D.^a Isabel del Cantillo (solte-
ra), M.^a Antonia Yngrán, hija de Ant.^o,
María Lorenza (mujer de Francisco
Yngrán), Antonia de Yngrán (viuda),
Inasio dingrán [sic], Antonio dingrán
[sic], de Sobrán... todos, de una ma-
nera u otra, ascendientes de Valle y to-
dos devotos de una cofradía que na-
cía bajo la protección de los Gremios
de Tierra y Mar, lo que, por otra par-
te certifica la conversión de los anti-
guos gremios en cofradías religiosas.

Joseph Saco y Bolaño fue enterra-
do en la Capilla Mayor de la vieja

iglesia conventual y por su alma se
rezaron innumerables misas en el al-
tar privilegiado de Ánimas; también
fue enterrada allí D.^a Ana Saco, sol-
tera, cuyo cadáver tuvo que esperar
sin embargo el fúnebre plebiscito de
los frailes, que le negaban enterra-
miento en la Capilla y si al final con-
sintieron fue después de mucho rogar
y como última y definitiva excepción.
Los Ingrán, marineros, no tuvieron
este privilegio aunque Francisco de
Yngrán el Mozo tuvo el de compar-
tir con Saco Bolaño uno de los ritua-
les mas entrañables de la devoción
local: la apertura del Arca de las Tres
Llaves.

Una vez al año, ante Saco y
Bolaño, Administrador de Rentas lo-
cales, los gremios de Mar y Tierra,
juntamente con el cura, abrían el
Arca de las Limosnas. Cada parte
guardaba una llave y, llegado el día,
se reunían para abrir el Arca: prime-
ro el cura, luego el gremio del Mar,
finalmente, el de Tierra. Francisco de
Yngrán representó muchas veces al
Gremio del Mar en esta ceremonia
de recuento de las limosnas aunque,
todo hay que decirlo, no mostrasen
los cofrades del mar demasiado en-
tusiasmo, o fuesen abiertamente in-
diferentes.

En la discreta calma mortuoria de
los pueblos costeros la relación cura-
marineros fue con frecuencia tortuo-
sa y capillas, misas de fundación, co-
fradías... fueron el escenario donde
se escenificaron mínimas rebeliones.

En una comunicación de Fray

Nicolás Carreño, cura Vicario de Villanueva, a principios del siglo XIX puede leerse:

«El 13 de Septiembre de 1801 una vez abierta el Arca de Tres Llaves y hechos los pagos nada queda y nada tiene de limosnas en el Arca de la virgen milagrosa de la Pastoriza, así lo confiesan los mismos repúblicos y así se suplica al Gremio del Mar que se hermanen y unan y depositen en el Arca de tres llaves las caridades y limosnas que ofrecen voluntariamente para la Virgen; desta suerte se obedece a su pastor, handan las limosnas bien ordenadas, se ebitan disputas y disensiones, disturbios y riñas impertinentes. Este es mi dictado y así lo certifico y firmo...».

Las críticas hacia la esquivada devoción de los marineros, irreverencias y conducta blasfema son frecuentes lo que no impide una profunda fe popular, siempre más allá y por encima de la iglesia como institución. ¿Podía ser de otra manera? Seguramente no, si atendemos a los abusos de la iglesia de la época y a su falta de compasión con la durísima vida de los marineros. Baste un ejemplo. En una escritura de 1790 en la que comparecen, «por una parte, el Reverendo Padre Predicador Fray Andrés Gómez, prior del Priorato de Villanueva de Arosa y su anejo de San Julián de Arosa, y D. Ramón Godoy, cura de San Julián de San Julián» y por otra marineros locales, se dice que «desde tiempo inmemorial,

(los curas) cobran diezmos y primicias (vino, trigo, centeno, maíz, cebada) de por mitad y de la pesca y sardinas también de por mitad [...]. De la sardina los marineros contribuyen con un quiñón entero de cada lance, redada y partija [...] que Prior y cura dividen de por mitad [...]. El diezmo de congrio y pulpo lo pagan por decenario, es decir, de diez reales, uno, o de diez libras, una; así se hizo siempre [...]. Pero, los marineros otorgantes y sus tripulaciones empiezan de aquí a esta parte a utilizar un aparejo extraño a lo que llaman xeito, motivando tener esta por pretesto para eximirse de pagar esta diezmo [...] por serle mas penoso que con el aparejo de secada o traíña, que era la que por comun usavan y usan hasta ahora...».

En consecuencia, Prior y cura les abren «una querrela de fuerza» y los marineros «enterados del error cometido...» aceptan pagar. De este modo, de la sardina que se pesque con la traíña o parecida arte, grande o pequeña «pagarán como hasta ahora. La que pesquen con el xeito teniendo en cuenta el trabajo, coste y composición de sus pertrechos pagarán de cada treinta quiñones que coja cada barco, grande o pequeño, veintinueve para los marineros, el otro para el diezmo...». Por esta escritura los marineros pagan también al prior y cura «[...] ciento treinta y tres reales pendientes de la sardina cogida con el xeito...».

De los abusos clericales no se li-



Cementerio de Vilanova de Arousa.

braba nadie, los primeros los «impíos catalanes». Los constantes pleitos entre curas y catalanes por la cuestión del diezmo dieron lugar a una convivencia difícil en la que las dos partes chocaron abiertamente; algunos llegaron a la Real Audiencia, otros no pasaron del ámbito local y fueron especialmente encarnizados ya que el control social por parte de los curas era absoluto y sometía a los transgresores a humillantes prácticas, de valor «ejemplarizante». En mayo de 1855, por ejemplo, el catalán Juan Llauger e Inocencia Domínguez del Valle, que ya tenían un hijo, deciden casarse, previa dispensa «por el segundo

grado de consanguinidad que les afecta». El Vicario General del Arzobispado declaró que había aceptado la dispensa tras conmutar «al D. Juan la confesión y comunión que de quince en quince días y por término de seis meses se le impuso como parte de penitencia, en la de confesar y comulgar una vez al mes durante un año, vigilando el cura bajo su responsabilidad el cumplimiento de la penitencia en su totalidad incluso la misa a que el D. Juan debe ayudar diariamente si supiere hacerlo o en el defecto oírla con devoción...».

A veces las cosas pasaban a mayores. El dos de noviembre de 1859

después del oficio de Difuntos, el catalán D. Juan Goday «un delincuente», según el cura, «[...] que tenía embarazada a una prima suya en segundo grado de consanguinidad» lo golpea tras una discusión «[...] imponiéndole manos violentas y profiriendo palabras altamente injuriosas contra él y vomitando horribles blasfemias delante del pueblo...».

Aun así, a pesar de la deriva violenta y los desencuentros, marineros, catalanes y pueblo anónimo contribuyeron, con mayor o menor devoción, a la construcción y mantenimiento de capillas y cofradías y nadie renunció a la llave que daba acceso a la ceremonia del Arca.

FARSA, BOBO Y MORTAJA

Abierta el Arca se contaban los fondos de limosna, se sumaban las aportaciones de vecinos especialmente devotos y se destinaba el dinero a pagos de fuegos (cohetes de luces y comunes) sermones, cera, misa solemne, músicos, Farsa y Bobo y «de mas necesario para solemnizar la función de la Virgen de la Pastoriza».

De la Farsa, un teatrillo de carácter religioso, no sabemos demasiado. Quizá se trate de la Danza de las Espadas porque con el nombre de Farsa se conserva en la actualidad en algunos pueblos. Tampoco sabemos demasiado del Bobo, un loco popular, llamado especialmente para animar las calles. Se le conocía también

por «choqueiro», término que pervive en los carnavales: un tipo desahogado y popular que convocaba a los vecinos a la fiesta. El Bobo era imprescindible, no había festividad sin él y fue, sin duda, el contrapunto profano a la solemnidad de los sagrado. Quizá no sea excesivo pensar que el Bobo, que Valle conoció de niño, proyecta de alguna manera su extravertida sombra sobre Fuso Negro, el fantástico personaje valleinclaniano.

A las limosnas del Arca se sumaba el dinero recaudado por una práctica que hoy puede parecer dolorosa y, en cierto modo, macabra. En la capilla, convertida pronto en santuario, se ofrecían sudarios, hábitos de San Francisco y túnicas investidas de la gracia necesaria para vencer a la muerte y salvar al difunto. Se conservan muchos testimonios de este comercio, de gran éxito ya que todos, humildes y ricos, creyentes y no creyentes, jóvenes y viejos, todos terminaban amortajados: es raro el testamento en el que el difunto no reclame que se le vista con el hábito protector.

De este modo el dinero de las mortajas costaba las fiestas religiosas y profana y fue tal su éxito que pronto apareció un «contrabando de mortajas», lo que retrata el drama y la miseria de la época. Especialmente dramático es el caso de los niños muertos de epidemia de viruela, también llamada coquelucha, coquela o coqueluche, a los que se amortajaba

con túnicas que costaban entre quince y veinte reales, cantidad a la que por la miseria de la época muchos padres no llegaban y daban a cuenta, dos, tres, cinco reales. La de los adultos, sometida también a plazos, costaba entre setenta y noventa:

«[...] Asimismo se le hace cargo de veinte reales de una túnica blanca que se hayaba en el santuario de la Pastoriza que se vendía para un parvulillo de Villamayor» (1820).

«[...] se hace cargo de quince reales que dieron por dos túnicas para la mortaja de dos niños...» (1826).

«[...] Ramón Vermúdez llevó una túnica para una hija muerta el tres de diciembre de 1840, tasada en dieciséis reales de los que dio a cuenta cinco».

[...] así un rosario de amortajados desgranándose hasta la peste de 1854 en que los muertos fueron tantos que no daba tiempo a amortajarlos y en apenas unas horas pasaban de la casa a la sepultura (Ramona María de San Antonio Montenegro, primera mujer de Valle Bermúdez, fue uno de ellos).

De esta manera, se unieron mortaja y fiesta y la muerte de los cofrades, debidamente estuchados en sudarios propicios, financiaron cera, misa y Bobo; así fue engordando el cementerio del viejo monasterio benedictino, sobre el que se levantó poco a poco, el actual cementerio municipal.

En este lugar, arrinconado por la

historia, aún hoy al abrir nuevas tumbas aparecen otras más antiguas, losas con las armas de una abad o un hidalgo benefactor del monasterio a cuya paz quiso acoger el alma. Por otra parte, en muchas casas de Vilanova se usaron las viejas piedras de modo que no pocas conservan en sus fachadas un arco ciego, columnas en el vano de una ventana, caras, figuras en relieve, la serpiente bíblica, por ejemplo, que reptaba bajo el alero de una casa en la que, durante los temporales del sur, se consumían ancianas para quienes dios era un ser terrible.

Sabemos que Valle, ya cerca de su muerte, visitó este cementerio; quizá haya sido aquí donde dijo, a uno de los canteros que reforzaba los muros, que el suyo era un trabajo inútil pues los que estaban dentro no podían salir y los de fuera no querían entrar. Puede que la anécdota sea apócrifa, como tantas que se le atribuyen, pero lo cierto es que estuvo allí porque allí estaban enterrados sus padres, sus abuelos y hasta los abuelos de sus abuelos, y tantos y tantos allegados suyos que vinieron a este mundo y salieron de él después de trabajos, enfermedades, triunfos o fracasos, justicias e injusticias que ningún tribunal juzgó si no fue el de la poesía con la que él los retrató en sus libros.

Llama la atención que en el sector «noble», un apellido, uno escasamente, presida los panteones. Con uno basta, nada de nombres de este o

aquel, segundo, tercero o quinto de una saga que iba a tener innumerable sucesión de muertos. A ningún cantero se le encargó otra cosa que tallar escuetamente en los frontones las palabras «familia Roset», o «Goday», «Llauger», «Peña» porque los individuos no cuentan, sólo cuenta el apellido, la casta, expresados en una palabra que lo recoge todo. En cambio, la gente del «pueblo», los humildes enfundados en mortajas de contrabando, tienen sus nombres y apellidos bien claros, al fin y al cabo creyeron en la resurrección de la carne, algo en lo que los otros no, especialmente los catalanes, de ahí que viajen a la nada en anóni-

mos panteones cuya piedra ennegrece el tiempo y hoy ya nadie limpia. Así que ellos, los adictos a la resurrección de la carne, maestros de obra prima, taberneros, sangradores, molineros, labradores, cirujanos romancistas, calafates, marineros fueron enterrados bajo la superstición de un nombre, para que éste los sostuviese e impidiese volverse olvido demasiado pronto, como si quien no fue nada en vida quisiera al menos marcar el propio polvo con un nombre.

Los panteones de los catalanes, cuya altura era la medida de una mula, miran a poniente. A su lado, como si aún los protegiesen con la



Iglesia Vieja o de la Pastoriza.

seriedad de su rúbrica, panteones de escribanos, rentistas, administradores de rentas provinciales; y tumbas ya borrosas de hidalgos traficantes en vino o dueños de barcas de pasaje, orgullosos creadores de mayrazgos cuyo sueño no fue más allá de tres generaciones, todos expulsados de las capillas del viejo monasterio, instituidas por ellos mismos, devueltos de esta forma a la tierra con los derrotados blasones que el musgo, las malas hierbas y el mal de la piedra acabaron borrando para siempre.

De todas las tumbas ninguna tan desahuciada como las de los curas, bonete, libro, patena o cáliz esculpidos al lado de un nombre que ya apenas se lee. No fue un buen siglo para ellos, muchos fueron pobres y estuvieron a punto de mendigar porque los derechos de estola y pie de altar se habían vuelto ridículos; de ahí que odiasen a los compradores de los bienes de la iglesia y a los catalanes, a quienes, pese a todo, dieron licencia de consanguinidad para casarse entre ellos en una terrible endogamia. Curas de corazón tan amargo y quebrado que algunos acabaron diciendo misa borrachos, con botas y pantalones; y tan secos de alma que tramaron la venganza de describir la muerte de sus enemigos en los libros parroquiales:

«Murió Vilaret el Viejo, viudo, de Canet del Mar, padecía de huesos y úlceras, sus piernas se inflamaron

mucho y se le abrieron llagas y por último se le inflamó todo el cuerpo y murió gangrenado y con las llagas abiertas...».

[...] descripciones desgarradas de tumores blancos, alferecías, gota al pecho, catarro cerebral, enfermedades con las que Dios les maldecía por mucho que a última hora catalanes y expoliadores hiciesen conmovedores testamentos en los que dejaban por únicos y universales herederos a sus patéticas almas y un resto piadoso a las demás almas del Purgatorio, o instituyesen seiscientas o más misas, a real cada una, pagaderas a curas pobres y frailes exclaustrados. Así terminarían todos los que se burlaban de su oficio sagrado, negaban los diezmos de pesca, trapichearon con mortajas, les agredieron, y corrompieron con sus fabricuchos de jabón y aguardiente a un pueblo que vivía en paz.

No hay en los libros parroquiales ni una sola descripción de la muerte de un marinero, sangrador o redero, que por no tener no tenían ni enfermedades; morían simplemente porque Dios quería; les llamaba a su lado para agradecerle su humilde vida, los trabajos comunales con los que levantaron capillas, sostuvieron cofradías, o recogieron en las playas el «estiércol de la mar», para alumbrar al Altísimo.

Nosotros ya no lo sabemos pero don Ramón conocía el lugar donde estaba enterrado su padre, el marino

Ramón del Valle, que abandonó el mar y atrajo sobre sí la peste, enterrado al lado de su primera mujer, la acogedora Ramona Montenegro, muerta por cólera morbo en 1854. Conocía también la tumba de sus tíos abuelos, cuyas sombras encajadas en otras sombras, planean sobre las *Comedias Bárbaras*, los frailes Peña, que se consumían en las clausuras de Samos, Celanova y Carrión, y salieron para embarazar adolescentes y vivir en pecado. O aquel Avelardito Peña, quizá el mismo que rueda en el carro del hidrocefálico de *Divinas Palabras*, a quien siempre tuvieron que llevar en brazos y del que el cura que lo enterró dijo, compasivo, que «no tenía fuerzas para sostenerse en pie y de la misma manera iba sucediendo en los brazos, que ya no podía llevarlos a la cabeza...». En algún lugar también hoy perdido para siempre, la tumba de D. Antonio Montenegro cuya alma no pudo ser reconciliada por «sobrevénirle el delirio» a la hora de la muerte por lo que el cura tuvo que sentarse a la puerta de la habitación, el copón sobre las rodillas, esperando inútilmente pues Montenegro murió entre gritos que sobrepasaban el ruido del mar y el viento, que batía contra las ventanas de la casona en la que agonizaba.

LA COMISIÓN

También descansa aquí Francisco Peña, abuelo de Valle-Inclán. Pidió

trece curas para su entierro y pagó cincuenta misas por su alma, a cinco reales unidad, lo que no parece mucho si tenemos en cuenta que se enriqueció con las fincas desamortizadas del viejo Monasterio de Cálago o del Convento de los Bernardos, de Armenteira. Su hermano, el fraile Joaquín Peña, había comprado un lote de ochenta de las cuales entregó dieciocho a Francisco. De esta manera, Peña se convertía en uno de los más ricos propietarios de la zona (podía decirse de los antepasados de Valle, que primero ocuparon las tumbas de las capillas..., después las tierras del monasterio).

Años después de estas compras, la pragmática lógica vaticana comisiona a Peña para construir una nueva iglesia. Lo elige el Arzobispo de Santiago, un hombre práctico que intuía que el trabajo no iba a ser fácil. En un informe de 1858 del anciano cura Benito Núñez se advierte de estas dificultades por la existencia de opositores «que lograron mucho porque hicieron que los labradores quienes tenían que traer los despojos que se precisan de la iglesia vieja, empezaron a decir que harían resistencia...».

Francisco Peña, rentista, propietario de bienes desamortizados y alcalde conservador, logró ver terminada la nueva iglesia. Hombre resolutivo y práctico, empezó siendo apoderado de monjas propietarias para quienes cobraba rentas «a colonos y renteros» y ante las que se obli-

gaba a presentar «las gallinas del foro», y terminó carteándose con importantes políticos de la época, Marqués de Aranda, López Ballesteros, Gasset y otros. En medio, una enredada vida aforando o subforando las tierras adquiridas, en una cadena que parecía no tener fin, permuta de terrenos y casas, documentos de obligaciones, compras, préstamos y pleitos. La construcción de la nueva iglesia le da la oportunidad de reconciliar su alma, de tal modo que prepara pliegos de obligaciones con canteros, carpinteros, aguadores y albañiles carreteros, que traerán la piedra desde la Isla de Arosa, Carril, y otros sitios, especialmente del viejo monasterio o de la propia capilla de San Mauro, situada a escasa distancia de la iglesia que se quería levantar.

Para todo esto se entendió con un nuevo cura (que pronto bautizará a su nieto), José Benito Rivas, un hombre integrista, conservador, temeroso de Dios y de sus obispos.

La Iglesia, en virtud de Concordato de 1851, había dado por perdidos los bienes desamortizados, a cambio, todo hay que decirlo, de que el Estado se hiciese cargo de los sueldos de sus ministros, de cardenal para abajo, de la financiación de Seminarios o la cesión de Títulos del Tesoro... Aún así sorprende la relación entre el moderado Peña y el cura Rivas, de ideas neocatólicas, ultraconservador y autoritario. Rivas sabía cómo se había enriquecido Peña pe-

ro ahora era un buen aliado para conseguir la nueva iglesia; Peña sólo deseaba reconciliarse y agradeció el olvido.

A ambos hombres les unía además la animadversión hacia Ramón del Valle Bermúdez, padre de Valle-Inclán. Sabemos del odio que se profesaron Peña y Valle Bermúdez y de las amenazas de Rivas, que llegó a acusarlo de retrasar a propósito el bautizo de sus hijos. Valle Bermúdez, alcalde del pueblo tras la Gloriosa, era un enemigo del Señor y Rivas le hizo saber que no juraría la Constitución:

«Exmo Señor —escribe Rivas en Junio de 1869 a su Arzobispo— en esta época tan aflictiva en que los enemigos del Señor intentan llevar a cabo sus deprabados fines, se dice que nos obligarán a prestar juramento a la nueva Constitución, lo que también parece indican los periódicos; y como en ella se hallan artículos á los cuales no podemos dar nuestro asentimiento ni menos jurar sin perjudicar nuestras conciencias y lo que llevarán a cabo con la misma reserva que han echo sobre la última incautación, y para tener una base cierta y segura á que atenernos, suplico a Vuestra Eminencia diga la manera en que he de obrar y la fórmula de que en tal caso deberé usar. Atendiendo a estas consideraciones es urgente la resolución de Vuestra Eminencia...».

A lo que, el Arzobispo, con gracia vaticana responde:

«Cuando llegue el caso, si llega, los curas deberán contestar que harán el juramento cuando les comuniquen por orden el Arzobispo».

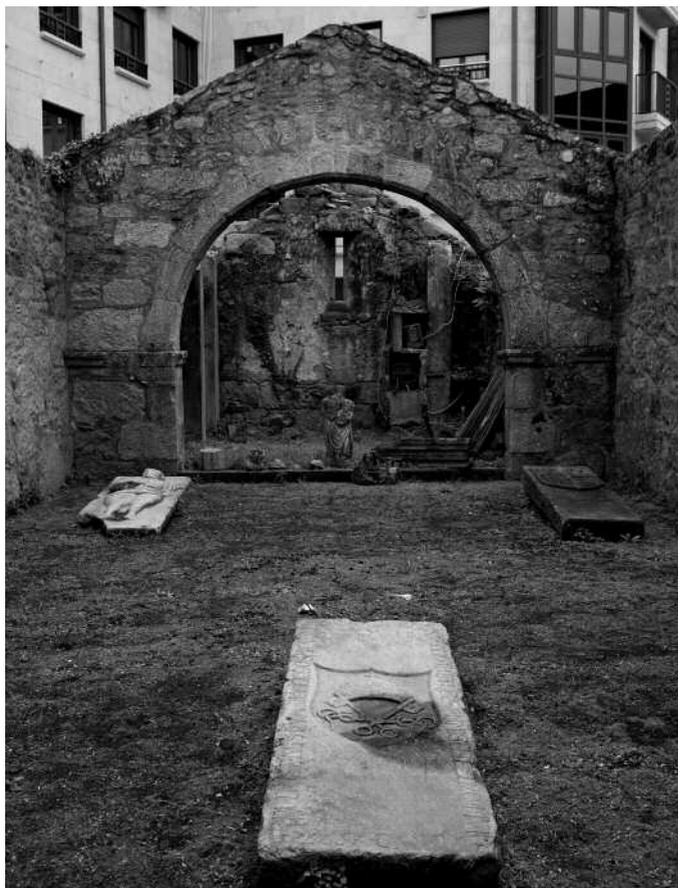
El reaccionario Rivas lo mismo aleccionaba a los niños de las escuelas que recogía firmas contra las ideas religiosas de la Gloriosa, suprimía vísperas y fiestas locales o se negaba a enterrar cadáveres por cuestiones mínimas. La época le venía grande, le desconcertaba. Vivió la Restauración de 1875 pero siguió desconfiando de los hombres y los tiempos. Ese año las autoridades locales le piden un *Te Deum*, pero no se fía. ¿Debería hacerlo? Así que escribe de nuevo a su prelado que esta vez está de acuerdo, naturalmente:

«Se manda en el Boletín que sale mañana que los párrocos canten un *Te Deum* después de la misa popular del primer día festivo».

El cura Rivas murió sin apearse de sus ideas y sin dejar de amenazar. Dejó dicho que si a su muerte el mayordomo del Santísimo Sacramento —fiesta que él se había negado a celebrar— no pusiese cera «en el entierro y más funciones», se reclamasen «diez reales por cada liquidación de cuentas de dicha Cofradía que por derecho le corresponden».

No dejó una buena herencia. Su sucesor debió pelear con una población desmoralizada y, si hacemos

caso de algunos comunicados, irreverente y «mal adoctrinada». En 1889 el nuevo cura pide ayuda al Arzobispo puesto que la iglesia a su cargo «... se halla en el centro de dicha villa y en una de las calles por donde la concurrencia de la gente es muy constante, dando margen con esto a las muchas irreverencias que se cometen cuando esplico algunos puntos de doctrina cristiana, el Santo Evangelio o doy la Sagrada Comunión observo las ya dichas irreverencias, disgustándome sobremanera por ser en el lugar en que está reservado el Santísimo Sacramento y a fin de evitarlo humildemente a V.E. suplica se digne autorizar [...] llevar á cabo un pórtico o cancela que según el parecer de dos peritos en el arte y haciéndola con toda la economía posible, asciende la obra a 800 reales yendo a continuación de la puerta principal evitando de esta manera que cuando me alle en los actos ya referidos haya el mayor orden y compostura posible...», quejas estas menos amargas pero emparentadas con las del cura de la Isla de Arosa que, en 1826, escribía un comunicado descorazonador, en el que manifiesta estar «libre en la actualidad de los continuos insultos y temores que ha sufrido cerca de dos años de una chusma de contrabandistas corrompidos llamados, vulgarmente "carcamanes" entre quienes tuvo la desgracia de vivir desde el primer día de su residencia...».



Capilla de San Mauro.

EL ALABASTRO INGLÉS

La crepuscular y podíamos decir plurisecular historia de la nueva iglesia se hizo con viejas piedras y hombres como Peña o Rivas. No duró demasiado, apenas un siglo, porque pese a los esfuerzos del abuelo de Valle, como si llevase dentro la marca de la destrucción, su declinación fue rápida: un día se la cae la espadaña, otro el tejado y la torre misma amenazó un día con derrumbarse.

En ella se bautizó Valle y esto la hace especial. También es especial por la orientación de su fachada, no

a poniente como la mayoría, sino a levante, o por albergar durante años un Via Crucis de «dudosa canonicidad». Pero sobre todo por una pieza muy valiosa que, milagrosamente, sobrevivió a demoliciones y traslados: un alabastro inglés traído de Nottingham al parecer alrededor de 1540.

Se trata de una Trinidad, hoy día mutilada, Padre, Hijo y Espíritu Santo, este en calidad de Ausente, porque fue robado no se sabe cuándo. El grupo Trinitario, colocado en el baptisterio, Dios frontal que acoge al crucificado y a la Paloma Ausente, se

sobrepuso al derrumbe del monasterio y al traslado a su segunda casa, la capilla-iglesia de la Pastoriza.

De modo que Valle-Inclán fue bautizado en una iglesia-puzzle, de fachada heterodoxa, Vía Crucis no canónico, bajo la severidad de la Trinidad de alabastro formada por un Dios Padre de dedos mutilados, un Cristo crucificado manco de la mano derecha y cojo del pie del mismo lado, y Espíritu Santo ausente. Juan Pacheco, poeta local «a lo sagrado», que murió él también loco, dijo que la fuga de la Paloma, o lo que era lo mismo, del Espíritu, era una metáfora de la gracia creativa que siempre planeó sobre el pueblo y afectó a tantos, el primero a aquel Manuel Giménez Peña, pariente de Valle Inclán, que escribió sesudos tratados

en revistas científicas y acabó loco escribiendo poesía amorosa vulgar y disparando a las campanas de la iglesia porque no le dejaban morir en paz; el segundo, Valle, el tercero Julio Camba, naturalmente, y si no citaba a su hermano era porque Francisco Camba no venía, según él, de la Paloma sino de los dedos mutilados de la Trinidad truncada.

Valle creció al lado de esta iglesia-aluvión, un lugar de donde venía todo, farsa, bobo y mortaja, sacrílegos Vía Crucis, perdón para los expoliadores, amargura para clérigos violentos, y marineros blasfemos que se burlaban de la Comunión y el Evangelio, tipos desgarrados de la gracia a los que Valle trasmutó en la risa funeraria del golfo Simeón Julepe.



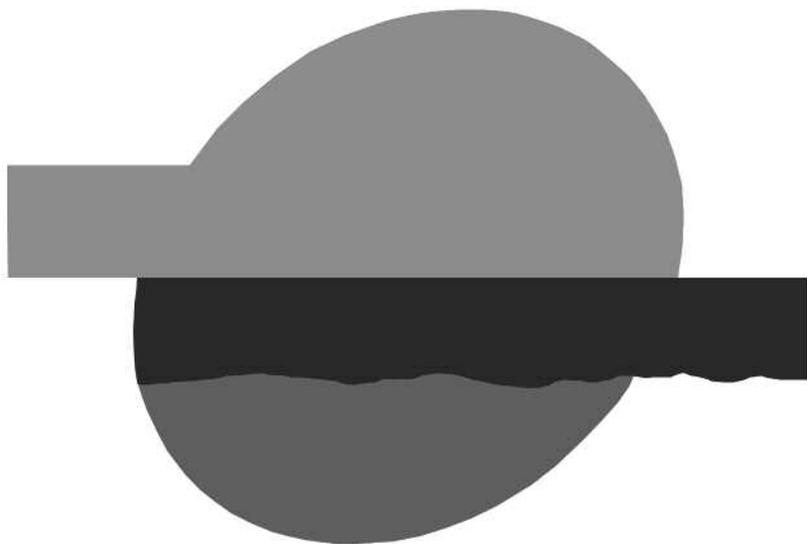
Casa - Museo
Ramón del Valle-Inclán

Rúa Luces de Bohemia
Vilanova de Arousa



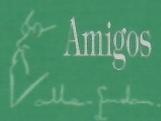
CONCELLO DE
VILANOVA DE AROUSA

REPSOL
YPF





**CAIXA
GALICIA**



Vilanova de Arousa

CUADRANTE

Revista de Estudos Valleinclanianos e Históricos

ISSN 1698-3971



9 771698 397000

P.V.P

5 €